

# LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE

## CREYENTES Y NO CREYENTES EN DIALOGO

**VERONA, 18 febrero 2004**

### EL MÁS ALLA

La muerte de una persona querida es una tragedia que marca para siempre la existencia, y una tragedia que adquiere mayor dramatismo aun a causa de las ideas religiosas equivocadas que acompañan a la muerte.

Y no sólo por la lista de estúpidas frases consoladoras que, antes que aliviar el dolor, lo agudizan aun más (“*El Señor lo ha llamado... lo ha tomado consigo.... estaba ya maduro para el paraíso... las flores más hermosas las quiere el Señor... es un angelito en el paraíso... el Señor quiere a los mejores cerca de sí*”), sino por todo aquello que rodea a la muerte.

A pesar del largo camino recorrido en la Iglesia gracias a la renovación bíblica y litúrgica, somos todavía herederos del *Dies irae*<sup>1</sup>. Por desgracia, la enseñanza de Jesús acerca de una vida capaz de superar la muerte ni tan siquiera ha rozado lo más mínimo a muchos cristianos. Éstos viven aun los acontecimientos que conciernen a la muerte con una mentalidad que parece más influenciada por las creencias hebreas y por la filosofía griega que por la novedad radical que Jesús aporta.

Los evangelistas, Juan de un modo particular, afrontan el tema de la enfermedad y de la muerte de acuerdo con las pautas marcadas en la narración de la enfermedad, muerte y resurrección de Lázaro.

### ¿RESURRECCION?

Si queremos hablar con propiedad y rigor terminológico, las así llamadas «resurrecciones» son, en realidad, «reanimaciones» de cadáveres, o sea, un retorno a la

---

<sup>1</sup> Fue Pio V quien en el 1570 introdujo en la misa de difuntos el “*Dies irae, Dies illae*”, una composición medieval que se basaba en un texto del profeta Sofonías, y que era usada para infundir terror de cara al momento del encuentro con el Señor: “*Día de ira el día aquél, día de angustia y de aprieto, día de devastación y de desolación, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y densa niebla, día de trompeta y de clamor contra las ciudades fortificadas y las torres de los ángulos. Yo pondré a los hombres en aprieto, y ellos como ciegos andarán porque pecaron contra Yahve; su sangre será derramada como polvo, y su carne como excremento. Ni su plata ni su oro podrán salvarnos en el día de la ira de Yahve, cuando por el fuego de su celo la tierra entera sea devorada, pues él hará terrorífico exterminio de todos los habitantes de la tierra*” (Sof 1,14-18).

vida biológica. Un retorno a la vida biológica, sin embargo, que sigue contando no sólo con los límites de esta vida sino, sobre todo, con la perspectiva dramática de tener que morir de nuevo.

En una novela del premio nobel Saramago <sup>2</sup>, la hermana de Lázaro solicita a Jesús que no resucite a su hermano, porque “*nadie ha cometido tantos pecados en la vida como para merecer morir dos veces*”.

La resurrección, pues, pertenece solamente a Jesús porque es el único que «*resucitado de los muertos, ya no muere más*» (Rm 6,9). Todos los otros personajes que consideramos *resucitados*, volvieron a experimentar la muerte después. Por resurrección se entiende la pertenencia a un mundo nuevo, un mundo caracterizado por la transformación de los elementos físicos en elementos espirituales.

En los evangelios se narran *solo* tres resurrecciones. Dos corresponden a personajes anónimos: la *hija de Jairo* en su propia casa (Mt 9,18-26; Mc 5,21-43; Lc 8,40-56) y el *hijo de la viuda de Nain* durante el cortejo fúnebre (Lc 7,11-17). El único del que se nos dice el nombre es *Lázaro* (Jn 11), el muerto que fue resucitado del sepulcro. Aparte de éstos, en el evangelio de Mateo hallamos un relato de resurrección que resulta incómodo:

*«Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el espíritu. En esto, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; tembló la tierra y las rocas se hendieron. Se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos»* (Mt 27,50-53).

No hay ningún autor entre los estudiosos de la Biblia que no sienta desazón ante este extraño cuadro descriptivo de muertos que resurgen, los cuales, sin embargo, antes de salir de la tumba aguardan la resurrección de Cristo... Todos admiten que se trata de una manera simbólica de indicar que Jesús extiende el efecto de su resurrección a todos los que lo precedieron en la muerte.

Las órdenes que Jesús imparte a los padres de la hija de Jairo resultan no menos embarazosas. La muerte de su hija es un hecho conocido por todos. En Mc 5,39 el evangelista habla de alboroto y de gente que lloraba y profería grandes alaridos. Sin embargo, apenas la muchacha se alza resucitada, Jesús les pide «*con insistencia que nadie lo supiera*» (Mc 5,43). ¿Cómo es posible ocultar un acontecimiento de esta magnitud? La muerte de la muchacha había trascendido por doquier. ¿Cómo esconder, entonces, que está viva?

Nos tenemos que preguntar, pues, si con estas «resurrecciones» entendemos un hecho «verdadero» o un hecho «histórico». ¿Pretenden indicar una *verdad de fe* o un *episodio de la vida* de Jesús? Y, conexo a estas cuestiones, surge el problema de esclarecer por qué Jesús no resucitó a nadie más y por qué los creyentes –a pesar del mandato explícito de Jesús: “*resucitad a los muertos*” (Mt 10,8)- no han sido nunca capaces de devolverle la vida a los difuntos.

En el siglo IV, Juan Crisóstomo, uno de los grandes padres de la Iglesia, mientras explicaba precisamente el episodio de la resurrección de la hija de Jairo, fue

---

<sup>2</sup> *O Evangelho segundo Jesus Cristo* (Lisboa 1991, 428).

interrumpido por un padre afligido porque había perdido recientemente a su hija. A su pregunta, Crisóstomo respondió: «¿Cristo no ha resucitado a tu hija?» *La resucitará con una gloria mayor. La hija de Jairo, tras haber sido devuelta a la vida, más tarde murió de nuevo, pero tu hija, cuando resucite, permanecerá para siempre inmortal*» (XXXI, 3).

La narración de la resurrección de Lázaro no es la reanimación de un cadáver ya putrefacto. Con ella, el evangelista pretende presentar el profundo cambio acaecido dentro de la comunidad cristiana en relación a la muerte y a la resurrección.

Marta, hermana de Lázaro, se dirige a Jesús para solicitarle una intervención que prolongue todavía un poco la vida del hermano. Marta cree en el Dios que resucita a los muertos. Pero Jesús habla de un Dios que no consiente la muerte y que ha venido a transmitir una cualidad de vida indestructible: "Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará»" (Jn 11,23).

Jesús no responde a Marta en los términos que ella se esperaba, o sea, «Yo resucitaré a tu hermano», sino "Tu hermano resucitará". La resurrección del hermano no se deberá a una nueva acción de Jesús, se tratará, en cambio, de un efecto concreto de la vida definitiva comunicada por el espíritu.

La respuesta de Jesús no satisface a Marta, que replica: «Sé que resucitará en el último día». Marta se mueve dentro del mundo que conoce. Su conocimiento está siempre ligado al pasado y condicionado por el mismo. Ella responde refiriéndose a la creencia farisea y popular acerca de la muerte. Pero saber que el muerto «resucitará en el último día» no supone ningún tipo de consuelo para ella, más bien causa desesperación...; por aquel tiempo, en efecto, también Marta estaría ya bien muerta y resucitada...

¿Qué es lo que *sabía* Marta?

En la lengua hebrea no existe la expresión *vida eterna*<sup>3</sup>. Según la Biblia, todo acababa con la muerte: todos sin excepción, buenos y malvados, se veían abocados a descender al reino de los muertos una vez concluida su existencia en la tierra.

Cuando comenzó a hacerse notar en Israel la influencia de la filosofía griega, y empezaron a divulgarse las doctrinas sobre la *inmortalidad del 'alma*, hacia el año 200 a.C. aproximadamente, un *predicador*<sup>4</sup>, manifestó ásperamente su oposición a estas ideas:

*“Porque el hombre y la bestia tienen la misma suerte: muere el uno como la otra; y ambos tienen el mismo aliento de vida. En nada aventaja el hombre a la bestia, pues todo es vanidad. Todos caminan hacia una misma meta: todos han salido del polvo y todos vuelven al polvo”* (Qo 3,19-21);

Y también:

---

<sup>3</sup> El término hebreo *'olam* no tiene el sentido de *eternidad*, sino de “*tiempo lejanísimo*” referido tanto al pasado como al futuro.

<sup>4</sup> Es éste el significado del hebreo *Qohèlet* [el *Eclesiastés*] que da el título a su libro.

*“He visto que los justos y los sabios y sus obras están en manos de Dios. Y ni de amor ni de odio saben los hombres nada, todo les resulta absurdo. Como el que haya un destino común para todos, para el justo y para el malvado, el puro y el manchado” (Qo 9,2-3).*

Una visión muy pesimista, pues, que alcanza la máxima expresión cuando proclama que *“vale más perro vivo que león muerto, porque los vivos saben que han de morir, pero los muertos no saben nada, y no hay ya paga para ellos, pues se perdió su memoria. Tanto su amor, como su odio, como sus celos, hace tiempo que perecieron” (9,4-6);*

*“Cualquier cosa que esté a tu alcance hacer, hazla según tus fuerzas, porque no existirá obra ni razones ni ciencia ni sabiduría en el sheol a donde te encaminas” (Qo 9,10).*

## **SHEOL**

Según la Biblia, pues, los muertos acaban en el *sheol*<sup>5</sup>.

En tiempos de la Biblia, la tierra era considerada una plataforma sostenida sobre columnas. La base, el fundamento de las mismas se encontraba en la cueva subterránea o reino de los muertos, el *sheol*.

Encima de la tierra estaba la bóveda celeste compuesta ni más ni menos que por siete cielos, formando así la estructura cosmológica que encontramos reflejada en la carta de Pablo a los Filipenses: *“Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos” (Fil 2,10).*

Por encima del séptimo cielo estaba la morada de Dios. Los rabinos aseveraban que entre uno y otro cielo, la distancia era de ciento cincuenta años de camino. Pablo afirma haber alcanzado el *tercer cielo*<sup>6</sup>.

El *Sheol* es el mundo subterráneo al que van a parar todos los muertos, olvidados por Dios (Sal 6,5). Reducidos a gusanos y a *sombras*<sup>7</sup>, los muertos se nutren de polvo: *“los muertos no vivirán, las sombras no se levantarán” (Is 26,14).*

El término hebreo *sheol* fue traducido al griego como *Hades*, el reino de debajo de la tierra, que, según la mitología griega, había tocado en suerte al despiadado Hades<sup>8</sup>, el tercero de los hijos de Cronos (Zeus, Poseidón y Hades), en el momento del reparto del mundo.

---

<sup>5</sup> El origen del término es oscuro. Puede derivarse de *ša'al* *reclamar* (el difunto), de *š'el* *ser profundo*, o bien, de *š'h* *tierra desierta* (donde no se habita).

<sup>6</sup> “Sé de un hombre en Cristo, el cual hace catorce años – si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe - fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que este hombre - en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe – fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que al hombre no es lícito pronunciar” (2 Cor 12,2-4).

<sup>7</sup> Hebr. *Refaim*.

<sup>8</sup> En los evangelios, el término *Hades* aparece 4 veces: en el lamento de Jesús hacia las ciudades que no lo han acogido: *“Y tú, Cafarnaum, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el Hades te hundirás!” (Mt 11,23; Lc 10,15);* en la promesa que su

En latín, *sheol* y *hades* fueron traducidos como *Inferi*<sup>9</sup>, nombre con el que los romanos designaban a las divinidades y a los habitantes del ultratumba y, por extensión, a la misma ultratumba, la parte inferior, más profunda de la tierra<sup>10</sup>.

La bajada a los *inferi* de Cristo<sup>11</sup> aparece por primera vez en una profesión de fe hacia la mitad del siglo V, en la llamada cuarta fórmula de Sirmio del 359, obra del sirio Marco de Aretusa. En el *Credo*, la mención al hecho de que Jesús “*descendió a los infiernos*” se debe a la Primera Carta de Pedro: “*En el espíritu fue también a predicar a los espíritus encarcelados*” (1 Pe 3,19). El autor quiere decir que Jesús comunicó su vida, capaz de superar la muerte, también a los que experimentaron la muerte antes que él.

El mundo de los muertos viene indicado también con otros términos en el Nuevo Testamento:

- *chasma* (abismo/sima/vorágine) “*Entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo [chasma]*” Lc 16,26;
- *abyssos* (abismo)<sup>12</sup> “*Le suplicaban que no les mandara irse al abismo [abysson]*” Lc 8,31;
- *geenna* “*el que le llame ‘renegado’ será reo de la gehenna de fuego*” Mt 5,22.29.30: 10,28; 18,9; 23,15-33; Mc 9,43.45.47; Lc 12,5). La *Gehenna*<sup>13</sup> es un barranco situado al sur de Jerusalén, en el cual había altares (tofet) en los que se sacrificaban víctimas humanas –niños- en honor del dios Molek (Lv 18,21): “*Han construido los altares de Tofet, en el valle de Ben-Hinom, para quemar a sus hijos e hijas en el fuego*” (Jer 7,31).

---

comunidad será más fuerte que la muerte “*Y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*” (Mt 16,18) y, por último, en la parábola del rico y de Lázaro: “*Estando en el Hades entre tormentos, levantó los ojos*” (Lc 16,23).

<sup>9</sup> No hay que confundirlo con el infierno, lo que en el pasado desató el sadismo perverso de predicadores incendiarios: “*Vedlos como están todos envueltos en el fuego. Abismos de fuego a la izquierda, abismos de fuego a la derecha; abismos de fuego por encima, abismos de fuego por abajo; fuego en los ojos, fuego en las orejas, fuego en las venas, fuego en las entrañas, fuego por doquier...*” (Leonardo da Porto Maurizio, Homilías, vol. II, 167).

<sup>10</sup> Los dioses del cielo eran llamados dioses de *superi*.

<sup>11</sup> “*Descensus ad inferna*”.

<sup>12</sup> En el resto del Nuevo Testamento se encuentra también el tártaro: “*Pues si Dios no perdono a los ángeles que pecaron, sino que los precipitó en los abismos tenebrosos del Tártaro [tartarôsas], teniéndolos custodiados hasta el juicio*” (2 Pt 2,4). En la mitología, el Tártaro era el abismo situado bajo el Averno (procede del nombre del lago campano que los antiguos consideraban como el acceso a la residencia de los muertos), en el cual Júpiter arrojó a los Titanes. El Tártaro era considerado como el punto más bajo del abismo (siros, cueva).

<sup>13</sup> “*Valle del hijo de Hinnon*”.

El rey Josías intentó erradicar este culto <sup>14</sup>, pero solo cuando dicho valle se convirtió en el vertedero de Jerusalén dejaron de practicarse los sacrificios humanos. Con el tiempo, este valle llegó a ser símbolo de castigo para los malvados después de la muerte, como está escrito en el Talmud:

“El Santo, bendito sea, condena a los malvados en la Gehenna durante 12 meses. Primero, los aflige con la comezón, a continuación con el fuego, y finalmente con la nieve. Tras 12 meses, sus cuerpos quedan destruídos, sus almas son quemadas y esparcidas por el viento bajo las plantas de los pies de los justos” (Sanh.29b; Tos. Sanh.13, 4-5).

En el hebraísmo, no existía y no existe la idea de una pena eterna que haya que pagar después de la muerte. Tras 12 meses se produce el anonadamiento de la persona (aun hoy, los hebreos rezan por el difunto durante 11 meses. A partir de ahí, o bien está en la vida eterna y por tanto no tiene necesidad de oraciones, o bien está muerto para siempre, con lo que las plegarias en su favor resultan inútiles).

Jesús toma la imagen de la *gehenna* como metáfora, para indicar la destrucción total de aquella persona que no acoge el don de una vida más fuerte que la muerte. Al rechazo de la vida para siempre corresponde la muerte para siempre. Este es el significado de la advertencia que Jesús repite en diferentes ocasiones a lo largo de todo el evangelio. Si no se produce un cambio de actitud y comportamiento, al final del camino espera la Gehenna, o sea, el basurero.

## PARAISO

El término paraíso se deriva del vocablo medo-iranico *pardez*, que significa: jardín, parque. En la Biblia griega de los LXX, el término traduce prevalentemente el hebreo *gan*, jardín.

En los evangelios, *paraíso* se encuentra una sola vez, en Lc 23,42, cuando Jesús, dirigiéndose al malhechor colgado en la cruz a su lado, le asegura que entrarán juntos en la vida definitiva (“*En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso*”).

En los evangelios, Jesús nunca habla del *paraíso* para indicar la realidad que toca al hombre vivir después de la muerte. Jesús habla siempre y únicamente de una vida capaz de superar la muerte, y que, por esto, se llama *eterna*.

En el resto del Nuevo Testamento, el vocablo aparece solo dos veces: en 2 Cor 12,4 Pablo afirma que “*fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables*” y en el Libro del Apocalipsis: “*Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios*” (Ap 2,7).

## RESURRECCION en el Antiguo Testamento

---

<sup>14</sup> “*Josías profanó el Tofet, del valle de Ben-Hinnom, para que nadie hiciera pasar por el fuego a su hijo o a su hija en honor de Molek*” (2 Re 23,10).

En el mundo de la Biblia, dado que no existía un *más allá*, la retribución por el bien y por el mal realizado durante la existencia, tenía lugar en esta tierra. El bien era compensado con una larga vida, abundancia de hijos, prosperidad. El mal era castigado con una vida breve, esterilidad y miseria. Además, según la teología del libro del Deuteronomio, la culpa de los padres era castigada en los hijos hasta la cuarta generación:

*“Yo Yahvé tu Dios soy un Dios celoso, que castiga la iniquidad de los padres en la hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian”* (Dt 5,9).

El profeta Ezequiel se desmarca de esta visión de la vida, afirmando que Dios retribuye siempre y de inmediato las acciones del hombre y que cada uno es responsable del propio obrar:

*“El que peque es quien morirá; el hijo no cargará con la culpa de su padre, ni el padre con la culpa de su hijo: al justo se le imputará su justicia y al malvado su maldad”* (Ez 18,20).

En otras palabras, *a cada uno, lo suyo*. Es una teología, ésta del profeta Ezequiel, simple y aceptable, pero es desmentida por la realidad, que no se suele presentar de ese modo. Por esto, interviene en la polémica un autor desconocido, que escribe el libro de Job precisamente para manifestar su desdén hacia esta idea teológica, la idea que establece que el bueno es premiado y el malvado es castigado.

El libro de Job presenta a un hombre pío y bueno a quien suceden todas las desgracias posibles de este mundo (comprendido el fastidio de los amigos que van a consolarlo y a ofrecerle buenos consejos: *“¡He oído muchas cosas como esas! Consoladores funestos sois todos vosotros. También yo podría hablar como vosotros, si estuviérais en mi lugar. No dejaría de mover los labios, ¡os inundaría de palabras!”*, Job 16,2.4). El autor se propone demostrar que no es verdad que los buenos sean premiados.

## **La novedad de Daniel**

Un autor anónimo del siglo II será el encargado de abrir una nueva perspectiva más allá del callejón sin salida al que habían llevado estas disputas teológicas. El autor, a fin de infundir valor a los mártires de la persecución religiosa del terrible Antioco Epifanes, introduce un elemento nuevo, revolucionario: la idea del retorno a la vida de los muertos para el juicio final, retorno a la vida, sin embargo, limitado únicamente a los justos del pueblo judío:

*“Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán: unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno”* (Dn 12,1-2).

Es la primera vez que en la Biblia aparece el término normalmente traducido como *“vida eterna”*. A la vida eterna, o sea, para siempre, el autor contrapone un *“oprobio perpetuo”*, que equivale a decir una derrota definitiva, irreversible, el fracaso

definitivo. La expresión “*oprobio eterno*”<sup>15</sup> se halla en el salmo 78,66, sin ningún sentido de supervivencia eterna<sup>16</sup>.

Fuera de la Biblia hebrea, la idea de resurrección se encuentra en el Segundo Libro de los Macabeos (160 a.C.?). En el relato del atroz martirio de la madre y de sus siete hijos, viene expresada la fe en la resurrección a una “*vida nueva y eterna*” (2 Mac 7,9) para los mártires, pero no para sus perseguidores, que quedan excluidos de la misma: “*para tí la resurrección no será para la vida*” (2 Mac 7,14): la muerte será eterna, es decir, definitiva.

Lo que se deduce de estas hipótesis teológicas es que la fe en la resurrección de los muertos es una consecuencia de la fe en el Dios Creador: la resurrección es entendida como *una nueva creación* del hombre entero.

Estas nuevas teorías, sin embargo, no serán aceptadas; es más, serán condenadas como heréticas y rechazadas por la jerarquía que entonces ocupaba el poder, el grupo de los *Saduceos*, por no estar contenidas en los primeros cinco libros de la Biblia<sup>17</sup>, pero de ellas se apropiarán los *Fariseos*.

Los fariseos, laicos que se esforzaban en observar fielmente la Ley en todos sus detalles, son los primeros que elaboran la doctrina de la resurrección de los justos de una manera sistemática. El premio o el castigo para el hombre son postergados hasta después de la muerte, de modo que el justo retornará a la vida y el malvado permanecerá en el *Sheol*.

La idea de resurrección de los justos que proponen los Fariseos, permanece limitada a Israel. Quedan excluidos los paganos, los delincuentes o personas viles, y todos aquellos que son enterrados fuera de la Tierra Santa. En una reflexión posterior, los fariseos admitirán que resucitan también los paganos, pero con una salvedad: si resucitan es para ser presentados ante el tribunal del juicio, y solo quien haya observado la ley de Dios será admitido en el *jardín del edén* (el paraíso).

## JESUS Y LA RESURRECCION

A la objeción de Marta basada en el horizonte de su conocimiento, el de la tradición religiosa judía, Jesús replica con una declaración que marca el paso desde el viejo concepto de vida-muerte-resurrección al nuevo concepto que el Señor establece: “*Jesús le dijo «Yo Soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque muera, vivirá»*”.

Jesús no viene a prolongar la vida física que el hombre posee, a base de suprimir o retrasar indefinidamente el momento de la muerte. El no es un médico ni un

---

<sup>15</sup> Hebreo *herpat 'olam*.

<sup>16</sup> En Isaias 66,24 se mencionan los “*cadáveres*”, de los seres no resucitados que sufren en la miseria.

<sup>17</sup> “*Aquel mismo día se le acercaron unos saduceos, éstos que niegan que haya resurrección*” (Mt 22,23).



taumaturgo. Jesús viene a comunicar la plenitud de vida que él mismo posee, la vida divina, indestructible. Por esto, comienza su respuesta con *'Egô eîmi*, el Nombre divino.

Jesús es la resurrección porque es la vida (Jn 14,6). Esta cualidad de vida, al encontrarse con la muerte, no se somete a ella, la supera. A la comunidad, aturdida por la destrucción física de Lázaro, Jesús le asegura que Lázaro vive porque ha creído en él, ha adherido a sus enseñanzas.

La esperanza de resurrección que Marta nutría se proyectaba hacia un futuro lejano. Jesús, en cambio, se identifica con una resurrección que no está desterrada en un futuro incierto, porque él, que es la vida, está presente, vivo entre ellos.

Volviéndose entonces hacia la comunidad de los vivientes, Jesús afirma: *“Todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees tú esto?”*

Al individuo que está en posesión de la vida definitiva, Jesús le garantiza que no experimentará la muerte. A todos los que adhieren a su persona, les comunica su mismo espíritu, su misma vida, la cual, siendo divina, no está amenazada por la muerte.

Para Jesús, la muerte no existe. ¿Coincide la fe de Marta con estos supuestos?

Jesús parte de la idea farisea de *resurrección* (pero le cambia sustancialmente el contenido) para hablar a los hebreos, los cuales estaban capacitados para entender esta categoría teológica (cf. Mc 8,31; 9,31; 10,34.).

A los paganos, por el contrario, Jesús nunca les habla de resurrección, sino de una vida capaz de superar la muerte física: *“quien pierda su vida por mí y por el evangelio la salvará”* (Mc 8,35),

La vida eterna que Jesús ofrece recibe ese apelativo no por su duración indefinida, sino por su cualidad: su duración sin fin es consecuencia de la cualidad, y Jesús, además, cuando habla al respecto usa siempre el tiempo presente. No habla de una vida del futuro, como si la vida eterna fuera un premio para después de la muerte, en el caso de que el comportamiento haya sido bueno en esta vida. Jesús habla de una cualidad de vida que se encuentra de inmediato a disposición de todos aquellos que aceptan a él y a su mensaje y que, con él y como él, colaboran en la transformación de este mundo. Jesús declara: *“Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna”* (Jn 6,54)<sup>18</sup>.

La vida que Jesús propone es de una cualidad tal que cuando se encuentra cara a cara con la muerte, la sobrepasa: *“si alguno guarda mi palabra no verá la muerte jamás”* (Jn 8,51). Jesús asegura que quien viva como él vivió, o sea, haciendo siempre el bien, no experimentará el morir.

La permanencia de la vida a través de la muerte es lo que se llama *resurrección*.

Por consiguiente, según los evangelistas, la vida eterna no es un premio en el futuro, antes bien, es una condición del presente. De ella, en efecto, Jesús habla siempre en presente *«Quien cree, tiene la vida eterna...»* (Jn 3,15.16.36).

---

<sup>18</sup> Cfr Jn 3,36; 5,24; 6,47; 6,54.

Jesús no resucita a los muertos; él comunica a los seres vivos una vida capaz de superar el umbral de la muerte, y por esto, Pablo puede decir que los creyentes ya han resucitado:

«Con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús» (Ef 2,6);

«Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que lo resucitó de entre los muertos. Y con él os vivificó también a vosotros...» (Col 2,12-13);

«Así pues, si habéis resucitado con Cristo...» (Col 3,1).

Esta conciencia era tan viva en la comunidad cristiana que en los evangelios apócrifos se llega a leer:

“Quien diga: primero se muere y después se resucita, está en un error. Si no se resucita previamente, mientras se está aun en vida, muriendo, no se resucita nunca más” (Evangelio de Felipe 90).

“Los muertos no están vivos y los vivos no morirán” (Evangelio de Tomás, 11).

## ¿ALMA?

Según Jesús, es la persona entera la que continúa viviendo, y no un solo componente de la misma (como el alma).

En los evangelios no se habla nunca de alma. Alma, en efecto, es un concepto desconocido y ausente en el hebraísmo, concepto que el cristianismo tomó prestado de la filosofía griega.

El término griego *psyké* (en hebreo *nepheš*)<sup>19</sup>, no significa más que la vida de la persona y denota al individuo humano como ser vivo y consciente. La *psyché* indica la fuerza vital del individuo, la vida auténtica que se prolonga después de la muerte, a diferencia de la vida meramente física que es transitoria y cuyo ciclo biológico concluye con la muerte (para *psyché* cfr: Mt 2,20; 6,25; cf 10,39; 20,28).

La *psyké* no es algo que el hombre posee, más bien indica algo que el hombre es, ya que, de acuerdo con el pensamiento hebreo, no existe en el hombre una realidad contrapuesta al cuerpo<sup>20</sup>. Así pues, el término *alma* hay que entenderlo en el sentido de persona, como comúnmente se expresa cuando decimos: *una parroquia de dos mil almas; un alma en pena; no había ni un alma, etc.*

La fe en la continuidad de toda la persona, rebasado el umbral de la muerte, era tan fuerte y estaba tan arraigada en las primeras comunidades cristianas que fue siempre rechazada cualquier hipótesis de supervivencia del alma.

---

<sup>19</sup> Trad. CEI *anima* (vida en Mt 10,39).

<sup>20</sup> En el “Credo” siempre se ha profesado la creencia en la *resurrección de los muertos* y no en la *inmortalidad del alma*.

A la fe helenista en la inmortalidad del alma, los primeros cristianos contraponen su fe en la resurrección de la carne.

La teoría platónico-helenista de la inmortalidad del alma es considerada por los Padres de la Iglesia una doctrina impía y sacrílega, una doctrina que, más que ninguna otra, era necesario combatir y abolir.

La fe en la resurrección de la carne era tan específica que se convirtió en la palabra de orden que identificaba al Cristianismo. Quien creía en la inmortalidad del alma demostraba con ello ser ajeno al cristianismo. Así se lee en Justino: *“Si encuentras personas que se hacen llamar cristianos... y afirman que no existe resurrección de los muertos, sino que sus almas serán acogidas en el cielo en el mismo momento de la muerte, no consideradlos cristianos”* (Dial. 80,4). *“El alma no puede considerarse inmortal”* añade aun Justino (ib. 5,1).

Ciñéndonos al debate en torno a la resurrección/inmortalidad del alma, resulta esclarecedor el pensamiento de Teófilo (siglo II) según el cual *“por su naturaleza, el hombre no es mortal ni inmortal, pero ha sido creado con la posibilidad de adoptar ambas direcciones”* (Ad Autol. II, 27).

## MUERTE COMO TRANSFORMACION

En suma, en el mensaje de Jesús, por resurrección no se entiende la supervivencia de un alma, sino la persona misma que continúa su existencia en una dimensión distinta. Se trata de un crecimiento continuado y de una transformación gradual encaminada hacia la plena realización, como recita el prefacio para la misa de difuntos: *“La vida no termina, es transformada”*.

Aquello que continúa su marcha es, pues, la vida misma del individuo, y no una esencia espiritual. Se perpetúa la vida, transformada y enriquecida por el patrimonio del bien que lleva consigo, como escribe el autor del Apocalipsis: *“Dichosos desde ahora los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan”* (Ap 14,13).

El autor afirma que la muerte física no tiene la última palabra sobre la vida del creyente. La muerte no es una derrota o un aniquilamiento, ni siquiera constituye la entrada en un estado de espera, la muerte supone el pase a una dimensión de plenitud.

El *reposo* al que alude el autor no indica el cese de las actividades, sino la condición divina, como el Creador que *“dio por concluida en el séptimo día la labor que había hecho y reposó”* (Gen 2,2). Solo quien crea y comunica vida entra en la dimensión del reposo, mientras que *“no hay reposo, ni de día ni de noche, para los que adoran a la bestia y a su imagen, ni para el que acepta la marca de su nombre”* (Ap 14,11).

La vida no es transformada *después* de la muerte, inicia su transformación ya durante la existencia del individuo. Llega un momento de la vida en el que el crecimiento armónico de la persona sufre una metamorfosis en su componente biológico por un lado, y espiritual o moral, por otro. Si por un lado se consolida la madurez de pensamiento del individuo, por el otro, en cambio, comienza el lento e inexorable declive del cuerpo hasta su descomposición definitiva.

Hasta una determinada edad, el individuo va creciendo de manera armoniosa y gradual, de acuerdo con un proceso en el que el desarrollo del cuerpo está acompañado por el desarrollo del intelecto, de la moral, de la espiritualidad, de todo aquello que permite llegar a ser persona; más adelante, llega un momento de la existencia en el que la parte biológica, habiendo alcanzado el vértice más alto, comienza a declinar inevitablemente, mientras que la parte llamada *espiritual* continúa su crecimiento hacia el máximo de su potencia.

San Pablo expresa este concepto de modo sublime: *“Por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día”* (2 Cor 4,16). Al desmoronamiento inevitable de la parte biológica, corresponde la plenitud de la madurez, a la muerte de las células, la vida indestructible.

Así pues, la muerte no supone destrucción, sino transformación o realización de la persona que es acogida para formar parte de la plenitud de aquel Dios que para ellos ha preparado *“lo que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó jamás”* (1 Cor 2,9)

### **Muerte biológica y muerte definitiva: “La segunda muerte”**

En el Apocalipsis, Cristo es presentado como vencedor sobre la muerte: *“El que estuvo muerto y revivió”* Ap 2,8; *“Manténte fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida... El vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda”* (Ap 2,10.11)

*“Dichoso y santo el que participa en la primera resurrección. La segunda muerte no tiene poder sobre éstos...”* (Ap 20,6; 21,8).

*“Dichosos desde ahora los muertos que mueren en el Señor”* (Ap 14,13).

La *segunda muerte* era una expresión típica del judaísmo targúmico, con la que indicaban la exclusión de la resurrección. Además de la muerte física, que no interrumpe la vida del creyente, existe el peligro de una muerte “definitiva”, total, que apaga toda esperanza de futuro.

La primera muerte es aquella a la que todos están sujetos, es decir, la destrucción biológica. La segunda es la constatación del fracaso de la vida, la toma de conciencia de no haber respondido a los estímulos vitales durante toda la existencia.

En la nueva creación que Dios inaugura con Jesús, ya no hay sitio para la muerte. Una vez que satanás y sus cómplices han sido arrojados en el lago de fuego, la muerte ha quedado destruída. La muerte queda desprovista de su dramaticidad y es considerada un paso necesario para entrar en la gloria definitiva.

La muerte y el Hades acaban en la nada (el lago de fuego). Afirmar que la Muerte ha sido arrojada dentro de sí misma (la “muerte segunda”) parece un sinsentido; es, en cambio, una expresión muy elocuente, pues hace ver plásticamente que también la misma muerte desaparece del horizonte humano <sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> La Muerte y el Hades devolvieron los muertos que guardaban... La Muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego, esta es la segunda muerte, el lago de fuego”

## Jesús y la segunda muerte

En el evangelio de Mateo, Jesús anuncia a sus discípulos las persecuciones a las cuales serán sometidos a causa de la fidelidad al mensaje: *"Y no temáis a los que matan el cuerpo [sôma], pero no pueden matar la vida [psychèn]; temed más bien a Aquel que puede destruir la vida y el cuerpo en la Gehenna"* (Mt 10,28).

Si la oposición a los valores de la sociedad injusta puede provocar la persecución y la pérdida de la vida física (*el cuerpo*), la adhesión a los valores del sistema, representado por *mammona* (Mt 6,24), conduce a la total destrucción de la propia existencia (*la vida*) que, como cualquier desecho, es arrojada al vertedero de Jerusalén (Gehenna) para ser completamente aniquilada.

Jesús garantiza a los discípulos perseguidos que, no obstante las apariencias, los perseguidores no vencerán jamás, porque entre éstos y los perseguidos, el Padre se pone de parte de estos últimos. Mammona es el dios que destruye, el Padre es el Dios que vivifica.

La imposibilidad de hablar con propiedad de una realidad que no es posible experimentar en plenitud durante la existencia, hace que los evangelistas empleen imágenes tomadas del ciclo vital de la naturaleza, para indicar la realidad de la muerte, imágenes como el brotar del *grano de trigo* y el *dormir*.

### Grano de trigo

*"Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto"* (Jn 12,24).

A través de la imagen del grano que, a base de pudrirse, produce fruto abundante, Jesús declara que la muerte no es más que la condición para que se libere toda la energía vital que el hombre atesora. La vida que está encerrada en su interior, aguarda para manifestarse de una forma nueva, incomparable con la precedente.

Las potencialidades que posee el hombre exceden con mucho a la medida que normalmente aflora a la superficie. Hay ocasiones en la vida del individuo en las que tales capacidades se dejan ver fugazmente. Sucede así, por ejemplo, en los momentos de emergencia, cuando ante situaciones imprevistas que exigen al hombre una donación plena, se descubren energías asombrosas de las que no se tenía conciencia, resistencias inesperadas y capacidades de amor inexploradas. El caso es que durante el breve período de su existencia terrena, el hombre no tiene la posibilidad de desarrollar todas sus potencialidades. Con la muerte, todas estas capacidades y energías son liberadas y desarrolladas por completo, lo que hace posible el crecimiento definitivo de la persona.

### Dormir

*"La muchacha no está muerta, duerme"* (Mt 9,24).

---

(Ap 20,13-14). "Pero los cobardes, los incredulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda" (Ap 21, 8).

“Nuestro amigo Lázaro duerme... Lázaro ha muerto” (Jn 11,11.14).

El vocablo *cementerio* se deriva de la palabra griega que significa *dormitorio*. Para los primeros cristianos, la muerte equivalía a un dormirse. Dormir no forma parte de la muerte, sino del ciclo vital. Dormir es la acción que dona aliento al hombre para que se reponga del agotamiento y reemprenda la marcha con mayor vigor. Por analogía, la muerte es, pues, un momento del ciclo vital que permite al individuo reanudar su existencia con mayor fuerza y energía.

## QUITAD LA PIEDRA

En la narración de la resurrección de Lázaro, el evangelista ofrece algunas indicaciones acerca de la actitud correcta en relación a la muerte. No será una actitud de desesperación, como aquellos para quienes la muerte es el final de todo, pero tampoco de exaltación espiritual, como se ve en ciertos grupos carismáticos.

Jesús, cuando ve que las hermanas de Lázaro lloran y *lloraban también los judíos que las acompañaban, se indignó (trinaba de enfado, resopló, se estremeció de indignación)*.

Jesús no se «conmovió» (en contra de la traducción de la CEI y otras), sino «resopló indignado<sup>22</sup>» (o «tembló», se estremeció con desdén).

Jesús reprime el propio sentimiento. No tolera que se lleve a cabo el lamento fúnebre por Lázaro, como sucedió en la casa de Jairo, de donde expulsó a todos sin miramientos (Mc 5,40). En mayor medida aun, no consiente que María y sus discípulos se manifiesten abatidos y sin esperanza, como los judíos que no han acogido su mensaje, y para los cuales la muerte era el final de todo. La actitud de Jesús manifiesta un reproche dirigido principalmente a María, figura central de la comunidad.

*Turbado dijo: «¿Dónde lo habéis puesto?». Le responden «Señor, ¡ven y lo verás!».*

Jesús comienza a tomar distancias: ¿dónde lo habéis puesto *vosotros?*, pregunta. Son ellos quienes lo han colocado en un sepulcro sin ninguna esperanza.

Esta expresión «*ven y lo verás*» ha sido usada por Juan al inicio de su evangelio en la invitación que hace Felipe a Natanael para conducirlo donde Jesús (Jn 1,46). Allí indica la dirección hacia la vida, aquí, en boca de los judíos, la dirección hacia la muerte.

*Jesús se echó a llorar*<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> Dar un resoplido indignado [embrimaomai]: acto energético e indignado con el cual se quiere reprender una acción ajena o reprimir el propio sentimiento (cfr Mc 14,5: los discípulos están *indignados* contra la mujer de la unción [enebrimônto]).

<sup>23</sup> [dakryô] Jesús “*derrama lágrimas*” (vulg: *et lacrymatus est Jesus*). Expresa el dolor, no la desesperación. Llorar [klaiô] es el verbo usado para indicar el lamento fúnebre el día de la sepultura = “Lamentarse” (cf Mt 2,18: llanto desesperado de Raquel); Jesús

Mientras que María y los judíos se lamentan manifestando su desesperación, Jesús llora, expresando su dolor.

El episodio de la hija de Jairo es similar. Entrando en la casa, Jesús ve *“alboroto y algunos que lloraban y otros que daban grandes alaridos”* (Mc 5,38), y manda fuera a todos.

Desde el punto de vista narrativo, las lágrimas de Jesús están fuera de lugar. Si Jesús se dispone a resucitar a Lázaro, entonces ¿por qué llora?

Las lágrimas de Jesús muestran su dolor y su afecto hacia el discípulo amigo suyo, como comentan correctamente los allí presentes.

*Los judíos entonces decían: «¡Mirad cómo le quería!».*

*Pero algunos de ellos dijeron «Este, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que éste no muriera?».*

Pero mientras los judíos interpretan el afecto de Jesús en tiempo pasado (*le quería*), Jesús demuestra al discípulo el amor siempre presente.

En la curación del ciego, Jesús había repetido los gestos del creador (*fango*) (Jn 9,6). Ahora completa la acción creativa haciendo que la comunidad se abra a la verdadera creación, la cual alcanza su culmen con una vida capaz de superar la muerte. La primera creación, en efecto, concluía con la muerte, la segunda continúa con la vida.

*Entretanto Jesús, dando de nuevo un resoplido de indignación (temblando con desdén), se acercó al sepulcro; era una cueva y tenía puesta encima una piedra.*

Jesús de nuevo «resopla» frente a tanta torpeza. Precizando que el sepulcro era una cueva, el evangelista evoca el sepulcro de los patriarcas, la gruta de Macpela, donde fueron enterrados Abraham, Isaac y Jacob (Gen 49,29-32; 50,13). La gruta-sepulcro está ligada a los orígenes del pueblo, en oposición al sepulcro *nuevo* de Jesús, en el que nadie había sido puesto todavía (Gen 19,41).

La gruta-sepulcro representa lo antiguo, el sepulcro de Israel donde estaban depositados todos los difuntos. Y como hacían los judíos, Lázaro había sido sepultado *“para reunirse con sus padres”* (Gen 15,15).

La piedra colocada separa definitivamente el mundo de los vivos del mundo de los muertos.

*Dijo Jesús «¡Quitad la piedra!».*

Son ellos los que deben quitar la «piedra» colocada encima, piedra que equivale al final definitivo (*«Poner una piedra encima»*, quiere decir enterrar algo definitivamente).

La repetición por tres veces de la «piedra» subraya la importancia del término (vv. 38.39.41).

---

llora (vulg: *plorantem*) sobre Jerusalén (Lc 19,41). Y en este caso, expresa desesperación.

*Le respondió Marta, la hermana del muerto «Señor, ya huele, es el cuarto día».*

La fe perfecta expresada por Marta vacila frente a la realidad: el muerto está ya en putrefacción y huele, es mejor dejarlo donde está.

*Le dijo Jesús «¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?».*

En la conversación mantenida, Jesús no ha hablado con Marta de *gloria de Dios*, sino de una *vida* indestructible.

Enlazando los dos términos *gloria-vida*, el evangelista indica que en la vida indestructible se manifiesta la gloria de Dios, se hace visible la acción de Dios. Pero Marta no puede *ver* hasta que no llega a *creer* esto.

A Jesús le habían preguntado «¿Qué señal haces para que viéndola creyamos en ti?» (Jn 6,30).

Jesús invierte la formulación: es necesario *creer* para poder *ver*. La *señal* no conduce al hombre hasta la fe, sino que, por el contrario, es la fe la que produce la señal.

La resurrección de Lázaro viene condicionada por la fe de la hermana: «*si crees... veras*». Por consiguiente, puede ser «*vista*» solo por quienes crean. Es ésta una indicación preciosa para hacer ver que lo que sigue no es un acontecimiento histórico, sino teológico. No tiene que ver con la crónica, su horizonte es el de la fe.

*Quitaron, pues, la piedra.*

Frente al reproche de Jesús, la comunidad decide quitar la piedra puesta encima, eliminando así la frontera entre muertos y vivos, y se abre a la vida, comprendiendo que los que han muerto, están vivos.

*Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo «Padre, te doy gracias por haberme escuchado».*

Marta había exhortado a Jesús a que solicitara la curación, a que se la *pidiera* al Padre, convencida de que la imploración de Jesús sería escuchada (v.22).

Pero Jesús no «*pide*», él «*da las gracias*» al Padre.

El verbo agradecer [eucharisteô] del que proviene *eucaristía*, aparece en el evangelio de Juan tres veces: dos, en el episodio del compartir los panes (6,11.24) y la tercera, en el episodio de Lázaro. Los tres episodios se hallan en estrecha relación con la eucaristía: el don generoso de lo que se posee y de lo que se es, expresado en el compartir el pan, comunica una vida capaz de superar la muerte: “*Si alguien come de este pan vivirá para siempre... Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna*” (Gv 6,51.54).

Además, la expresión de Jesús es una cita del Salmo 118,28: “*Tú eres mi Dios y te doy las gracias...*” que es un agradecimiento por la salvación de la muerte: “*No moriré, viviré y anunciaré las obras del Señor. El Señor me ha probado duramente pero no me ha entregado a la muerte*” (v.17-18).

Jesús ha sido acusado de hacerse igual a Dios (Jn 5,18), de hacerse Dios (Jn 10,33). Ahora demuestra que él y el Padre son uno: “*Ya sabía yo que tú siempre me*



*escuchas, pero lo he dicho por éstos que me rodean, para que crean que tú me has enviado».*

*Dicho esto, gritó con fuerte voz «¡Lázaro, sal fuera!».*

Jesús había anunciado: “*llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y saldrán*” (Jn 5,28).

Jesús no realiza ninguna acción sobre Lázaro (a la *hija de Jairo* la había tomado por la mano (Mt 9,25), y tocó también el ataud del hijo de la *viuda de Nain*, Lc 7,14).

*Salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario.*

Jesús llama a Lázaro para que abandone la tumba, pero el que sale es *el muerto*. Lázaro no tiene que salir porque ya no está en la tumba; él está con el Padre, en la plenitud de la vida. Quien debe salir es el muerto, es decir, la creencia de que el difunto estuviera en el sepulcro.

El modo de sepultar a los muertos que describe el evangelista (atar manos y pies) era desconocida entre los judíos. De este dato se deduce que también esta descripción posee un valor simbólico: Lázaro está atado como un prisionero, es prisionero de la muerte <sup>24</sup>. Por lo que respecta al sudario, la referencia es al profeta Isaías: “*El rasgará sobre este monte el velo (sudario) que cubre a todos los pueblos... eliminará la muerte para siempre: enjugará el Señor Yahve las lágrimas de todos los rostros...*” (Is 25,7-8).

Las referencias explícitas a estos salmos quieren indicar que Jesús, como Dios, puede liberar a los que ama de los lazos de la muerte.

*Jesús les dijo «Desatadlo y dejadle marchar».*

Vosotros lo habéis atado..., lo habéis inmovilizado, impidiéndole toda posibilidad de movimiento.

Desatando al muerto, la comunidad se *desencadena*, o sea, se libera del temor de la muerte. Lázaro está ya con el Padre: es el *muerto* quien debe ser desatado.

La palabra clave de toda la narración es “*dejadlo marchar*”. El verbo “*marchar*” es empleado por Juan para indicar el camino de Jesús hacia el Padre, pasando a través de la muerte <sup>25</sup>.

Al contrario de lo que cabría esperar, Jesús no devuelve a Lázaro a los suyos, lo deja que se vaya libre.

No es que Lázaro tenga aun que ir al Padre: está ya en el Padre. Son ellos quienes deben dejarlo marchar sin retenerlo como si estuviera muerto. A la comunidad

---

<sup>24</sup> “Me aferraban los lazos de la muerte, me sorprendieron las redes del sheol... Es preciosa a los ojos de Yahve la muerte de sus fieles... has roto mis cadenas” (Sal 116,3.15.16); “Me envolvían los lazos del abismo... me salvó porque me amaba” (Sal 18,5.20).

<sup>25</sup> Jn 8,14; 13,3; 16,5.10.17.

cristiana se le pide un cambio di mentalidad, para pasar de la concepción judía de la muerte a la novedad cristiana.